

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año L, número 50 (2.596)

Ciudad del Vaticano

14 de diciembre de 2018



La semana del Papa

Guadalupe



Pidamos a la Virgen María, Nuestra Señora de Guadalupe, que siga acompañando y protegiendo a los pueblos del continente americano

(@pontifex_es, 12 de diciembre, 13:30)

Consolar



¡Consuelen, consuelen a mi pueblo! (Is 40, 1). ¿Cómo consuela el Señor? Con la ternura

(@pontifex_es, 11 de diciembre, 13:30)

Imagen de Dios



Toda persona humana, creada por Dios a su imagen y semejanza, es un valor en sí misma y es sujeto de derechos inalienables

(@pontifex_es, 10 de diciembre, 13:30)

Adviento



El Adviento es un tiempo para reconocer los vacíos que hemos de colmar en nuestra vida, para allanar las asperezas del orgullo y dejar espacio a Jesús que viene

(@pontifex_es, 09 de diciembre, 13:30)

Próxima visita a Emiratos Árabes Unidos

Acogiendo la invitación del jeque Mohammed bin Zayed Al Nahyan, Príncipe Heredero de Abu Dabi, el Papa Francisco visitará la capital de los Emiratos Árabes Unidos del 3 al 5 de febrero próximo, para participar en la reunión internacional interreligiosa sobre la hermandad humana, organizada en la metrópolis del Golfo Persico.

Así lo anunció el jueves 6 de diciembre, el director de la Sala de Prensa de la Santa Sede, Greg Burke, a través de una declaración que indica que la visita también se realiza en respuesta a la invitación de la Iglesia Católica en los Emiratos Árabes Unidos.

Al mismo tiempo se dio a conocer el tema y el logotipo de la visita. El primero está tomado de las palabras iniciales de la oración de San Francisco de Asís, «Haz de mí un instrumento de tu paz». Ex-

presa la esperanza de que la presencia del Pontífice en el país de la Península Arábiga pueda difundir de manera especial la paz de Dios en los corazones de todas las personas de buena voluntad.

Este es un deseo que se evoca también en el logo, que representa una paloma con la tradicional rama de olivo. Los colores de la paloma, delineados en blanco y amarillo, están tomados de los de la bandera del Vaticano; mientras que los de los Emiratos Árabes Unidos están incorporados en el contorno del diseño.

Misión en la periferia



un gran afecto, y escuchó atentamente sus historias de sufrimiento. Después el Pontífice se dirigió a Achille y Andrei, de 13 y 11 años de edad, respectivamente, que padecen una enfermedad oncológica grave, acogidos en la estructura junto a sus padres. Y luego escuchó a Sandra y Plamen, procedentes de Bulgaria, y Arwa, que procede de Marruecos:

Una misión en la periferia de Roma para permanecer cerca de los enfermos físicos y mentales: es fuerte y claro, en pleno Adviento, el testimonio del Papa Francisco, que el 7 de diciembre relanzó su compromiso pastoral con el «Viernes de la Misericordia». Acompañado por el arzobispo Rino Fisichella, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización, el Pontífice visitó dos centros de acogida en el extremo sur de la ciudad. En primer lugar se dirigió a *CasAmica* (Casa Amiga), un centro que alberga a personas enfermas, especialmente del sur de Italia, que deben recibir tratamiento hospitalario continuo y se ven obligadas a trasladarse a los grandes centros de salud de Roma.

Hombres y mujeres que necesitan cercanía familiar, en serias dificultades económicas. Pero Francisco también encontró algunas familias del norte de África y Europa del Este.

El Papa llamó a la puerta de *CasAmica* y fue recibido por el personal de servicio, sorprendido por la inesperada visita. Al llegar, algunos huéspedes estaban en la cocina grande y los niños en la sala de juegos. Francisco se detuvo para bromear con ellos, luego tuvo palabras de consuelo para sus padres, que mostraron

Tres niños de 3 a 5 años con enfermedades hematológicas. Antes de saludar a las personas que viven esta realidad particular, Francisco dejó un pergamino para recordar la reunión y algunos regalos de Navidad.

Posteriormente, se trasladó a la comunidad terapéutica de rehabilitación *Il ponte e l'albero*, en una zona muy difícil en las afueras del sur de Roma. Acoge a doce jóvenes con enfermedades psiquiátricas que, además, han experimentado condiciones familiares hostiles. El Papa sorprendió a los muchachos literalmente en medio de una de sus actividades terapéuticas. Francisco cumplió así el deseo de los huéspedes que, hace meses, habían escrito una carta en la que le informaban sobre sus dificultades diarias, pero también sobre su deseo de continuar el viaje de atención junto con los médicos y operadores, y todo con la esperanza de una visita del Papa.

El Pontífice se sentó con ellos, les escuchó y los animó, respondiendo a todas sus preguntas. También llegaron a la comunidad algunos padres que, con gran emoción, abrazaron al Papa, agradeciéndolo por este gesto de cercanía. En señal de fiesta, antes de volver al Vaticano, Francisco regaló a los chicos un *panettone* de diez kilos.

Intenciones de oración para diciembre

Para que «las personas dedicadas al servicio de la transmisión de la fe encuentren un lenguaje adaptado al presente, en diálogo con la cultura»: esta es la intención que el Papa Francisco confía a la Red mundial de oración (www.thepopevideo.org) en el mensaje de vídeo, difundido en la web, con las intenciones de oración para el mes de diciembre.

Hay dos características fundamentales que el Papa identifica para la proclamación del Evangelio en un mundo hoy hiperconectado pero con serios problemas de comunicación real. Antes de nada, dice el Papa, es necesario saber escuchar: «Si uno quiere compartir su fe con la palabra, tiene que escuchar mucho». De hecho, el anuncio no cae desde arriba, sino que presupone cercanía, atención, intercambio. Francisco explica: «Imitemos el estilo de Jesús que se adaptaba a las personas que tenía ante Él para acercarles el amor de Dios».

Esta proximidad, concluye el Pontífice en la grabación, permitirá a aquellos que están dedicados «al servicio de la transmisión de la fe» encontrar «un lenguaje adaptado al presente, en diálogo con la cultura, en diálogo con el corazón de las personas».

Traducido a nueve idiomas, el vídeo ha sido preparado por la Red Mundial de Oración del Papa, de la agencia de comunicación La Machi, que se ocupa de la producción y distribución, en colaboración con Vatican Media, que ha supervisado la grabación.

El creyente «es aquel que al estar cerca de su hermano, como Juan el Bautista abre caminos en el desierto». Lo dijo el Pontífice en el Ángelus del 9 de diciembre, segundo domingo de Adviento, hablando de la figura del peregrino con los fieles reunidos a mediodía en la plaza San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El domingo pasado, la liturgia nos invitó a vivir el tiempo de Adviento y la espera del Señor con la actitud de vigilancia y también de oración: «vigilad» y «orad».

Hoy, el segundo domingo de Adviento, se nos muestra cómo dar sustancia a esta espera: emprendiendo un camino de conversión, cómo hacer concreta esta espera. Como guía para este viaje, el Evangelio nos presenta la figura de Juan el Bautista, quien «se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados» (Lucas 3, 3). Para describir la misión del Bautista, el evangelista Lucas recoge la antigua profecía de Isaías, que dice así: «Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas; todo barranco será rellenado; todo monte y colina será rebajado» (vv. 4-5). Para preparar el camino para el Señor que viene, es necesario tener en cuenta las exigencias de la conversión a las que el Bautista invita. ¿Cuáles son estas exigencias de una conversión? En primer lugar, estamos llamados a sanear los hundimientos producidos por la frialdad y la indiferencia, abriéndonos a los demás con los mismos sentimientos de Jesús, es decir, con esa cordialidad y atención fraterna con las que se hace



El Ángelus en la plaza San Pedro

Caminos en el desierto

cargo de las necesidades de nuestro prójimo. Sanear los hundimientos producidos por la frialdad. No se puede tener una relación de amor, de caridad, de fraternidad con otros si hay «agujeros», como no se puede ir por un camino con muchos socavones. Esto requiere cambiar la actitud. Y todo esto, hacerlo incluso con especial cuidado hacia los más necesitados. Después es necesario reducir tanta dureza causada por el orgullo y la soberbia. Cuánta gente, tal vez sin darse cuenta, es soberbia, dura, no tiene esa relación de cordialidad. Es necesario superar esto

realizando gestos concretos de reconciliación con nuestros hermanos, de petición de perdón por nuestras culpas. No es fácil reconciliarse. Siempre pensamos: «¿Quién da el primer paso?». El Señor nos ayuda en esto, si tenemos buena voluntad. De hecho, la conversión está completa si lleva a reconocer con humildad nuestros errores, nuestras infidelidades y nuestros incumplimientos.

El creyente es aquel que, al estar cerca de su hermano, como Juan el Bautista abre caminos en el desierto, es decir, indica perspectivas de esperanza incluso en esos contextos exis-

tenciales impermeables, marcados por el fracaso y la derrota. No podemos ceder ante situaciones negativas de cierre y rechazo; no debemos dejarnos someter por la mentalidad del mundo, porque el centro de nuestra vida es Jesús y su palabra de luz, de amor, de consuelo. ¡Es Él! El Bautista invitó a la gente de su tiempo a la conversión con fuerza, vigor y severidad. Sin embargo, sabía cómo escuchar, sabía cómo realizar gestos de ternura, nuestras infidelidades de perdón hacia la multitud de hombres y mujeres que acudían a él para confesar sus pecados y ser bautizados con el bautismo de penitencia.

El testimonio de Juan el Bautista nos ayuda a avanzar en nuestro testimonio de vida. La pureza de su anuncio, su valor para proclamar la verdad, logró despertar las expectativas y esperanzas del Mesías que había estado inactivo durante mucho tiempo. Incluso hoy, los discípulos de Jesús están llamados a ser sus testigos humildes pero valientes para reavivar la esperanza, para hacer entender que, a pesar de todo, el reino de Dios continúa siendo construido día a día con el poder del Espíritu Santo. Pensemos, cada uno de nosotros: ¿cómo puedo cambiar algo de mi actitud, para preparar el camino al Señor?

Que la Virgen María nos ayude a preparar día a día el camino del Señor, comenzando por nosotros mismos; y a esparcir en torno a nosotros, con paciencia tenaz, semillas de paz, de justicia y de fraternidad.

Al finalizar la oración mariana el Papa saludó con estas palabras a algunos grupos de fieles presentes.

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo con afecto a todos vosotros, peregrinos procedentes de Roma, de Italia y de varias partes del mundo. En particular, saludo a los numerosos jóvenes de la diócesis de Orvieto-Todi. ¡Gracias y buen camino de adviento! Saludo a los fieles de Trapani, Caltagirone y Bronte, y a los jóvenes de la confirmación del oratorio de Almè (Bergamo). A todos, un deseo cordial de buen domingo. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

El verdadero políticamente correcto

JUAN JOSÉ OMELLA*

Europa, y en particular nuestro país, está pasando momentos de crisis política y social que son, en parte, consecuencia de la severa crisis financiera y económica global que comenzó en el año 2007. Ante esta situación, hemos querido encontrar un culpable externo y, poco a poco, nos hemos encerrado en nosotros mismos. No podemos perder la esperanza. Cualquier crisis, una vez descubierta y aceptada, es una gran oportunidad de ponernos todos de acuerdo en lo que es verdaderamente fundamental. Es el momento de recuperar el sentido más auténtico de la política. El Concilio Vaticano II nos recuerda que la política es un instrumento decisivo al servicio de la persona, de la comunidad y de la convivencia social, que busca siempre el bien común de los ciudadanos (cf. GS 74).

Jacques Maritain (uno de los redactores de la Declaración Universal de los Derechos Humanos) nos recuerda que la política no es la reunión de los iguales, sino la convivencia y la comprensión entre personas diferentes. Él desarrolla una teoría de la cooperación para mostrar cómo las personas de diferentes posiciones intelectuales pueden alcanzar objetivos comunes.

La diferencia no debe ser fuente de discordia, sino de enriquecimiento mutuo y cooperación. Lo que nos une es mucho más de lo que nos separa. Debemos recuperar el gran valor de la fraternidad. En este sentido, Chiara Lubich, la fundadora del movimiento de los Focolares, decía: «Después de la revolución francesa, y hasta nuestros días, la libertad y la igualdad se han ido desarrollando como verdaderas categorías políticas, lo que no sucedió [...] con la fraternidad. Sólo las tres juntas po-

drían dar como resultado una política que respondería a los problemas de hoy».

La democracia es el mejor de los sistemas posibles, siempre que nuestros representantes políticos busquen ante todo el bien común. El problema surge cuando, en lugar de ser un instrumento al servicio de la sociedad, se transforma en una plataforma para acceder al poder, enriquecerse y poder dominar.

Los populismos buscan romper este *statu quo* y fomentan un clima de polarización y confrontación, que podría interpretarse como una especie de revolución encubierta. El mejor antídoto es volver a la política de verdad, la que busca, por encima de todo, el bien de los ciudadanos. Hay que resolver los problemas evitando la vía del enfrentamiento y sin ceder a la tentación de soluciones mágicas a problemas complejos.

Finalmente, os invito a meditar unas palabras del papa Francisco: «La varita mágica no funciona en política. Un realismo saludable sabe que incluso la mejor clase dirigente no puede resolver todos los problemas en un instante. [...] [Evitemos] las críticas [que] no son constructivas. Si el político se equivoca, díselo, hay tantas formas de decírselo [...] pero decirlo constructivamente. Y no mirar desde el balcón esperando a que fracase. No, así no se construye la civilización.» (*Discurso del Santo Padre en su visita pastoral a Cesena*, 1 de octubre de 2017).

Oremos por nuestros políticos y gobernantes a fin de que sean coherentes con su voluntad de servir a todos, especialmente, los más vulnerables y necesitados.

*Cardenal arzobispo de Barcelona

En el Ángelus del 8 de diciembre el recuerdo de la beatificación en Orán

Lo puede todo quien se fía de Dios

El «heme aquí» de María en el anuncio del Ángel debe convertirse en «la palabra clave de la vida» del cristiano. Lo dijo el Pontífice en el Ángelus de la solemnidad de la Inmaculada, rezado a mediodía del 8 de diciembre en la plaza de San Pedro

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y buena fiesta!

La Palabra de hoy nos presenta una alternativa. En la primera lectura está el hombre que originalmente dice no a Dios, y en el Evangelio está María que en la anunciación dice que sí a Dios. En ambas lecturas, es Dios quien busca al hombre. Pero en el primer caso va a Adán, después del pecado, le pregunta: «¿Dónde estás?» (*Génesis* 3, 9), y él responde: «Me escondí» (v. 10). En el segundo caso, sin embargo, va a María, sin pecado, quien responde: «He aquí la esclava del Señor» (*Lucas* 1, 38). *Heme aquí* es lo opuesto a *me escondí*. El *heme aquí* abre a Dios, mientras que el pecado cierra, aísla, hace que uno permanezca solo con uno mismo.

Heme aquí es la palabra clave de la vida. Marca el paso de una vida horizontal, centrada en uno mismo y en sus necesidades, hacia una vida vertical, delgada hacia Dios. *Heme aquí* disponible para el Señor, es la cura para el egoísmo, es el antídoto para una vida insatisfecha en la que siempre falta algo. *Heme aquí* el remedio contra el envejecimiento del pecado, es la terapia para mantenerse joven por dentro. *Heme aquí* para creer que Dios cuenta más que mi yo. Es elegir apostar por el Señor, dócil a sus sorpresas. Por eso, decirle aquí estoy es el mayor elogio que podemos ofrecerle. ¿Por qué no comenzar el día así con un «*heme aquí, señor*»? Sería bueno decir cada mañana: «*Heme aquí, Señor, hoy harás en mí tu voluntad*». Diremos esto en la oración del Ángelus, pero ya podemos repetirlo juntos, aquí: ¡*Heme aquí, Señor, hoy se haga en mí tu voluntad*!.

María agrega: «Hágase en mí según tu palabra». No dice: «Sucedá de acuerdo a mí», sino «de acuerdo contigo». No pone límites a Dios. No piensa: «Me dedico un poco a él, me apuro y luego hago lo que quiera». No, María no ama al Señor cuando le parece, a saltos. Vive confiando en Dios en todos los aspectos. Aquí está el secreto de la vida. Puede todo quien confía en Dios en todo. Pero el Señor, queridos hermanos y hermanas, sufre cuando le respondemos como Adán: «Tengo miedo y me he escondido». Dios es el Padre, el padre más tierno, y desea la confianza de sus hijos. ¡Cuántas veces sospechamos de él, sospechamos de Dios! Creemos que puede enviarnos alguna prueba, privarnos de libertad, abandonarnos. Pero esto es un gran engaño, es la tentación de los orígenes, la tentación del diablo: insinúa la desconfianza de Dios. María supera esta primera tentación con su *heme aquí*. Y hoy vemos la belleza de Nuestra Señora, que nació y vi-



vió sin pecado, siempre dócil y transparente a Dios.

Esto no significa que la vida fuera fácil para ella, no. Estar con Dios no resuelve mágicamente los problemas. La conclusión del Evangelio de hoy recuerda esto: «Y el ángel dejándola se fue» (v. 38). Se volvió: es una palabra fuerte. El ángel deja a la Virgen sola en una situación difícil. Sabía lo particular que sería ser Madre de Dios —lo había dicho el ángel—, pero el ángel no se lo había explicado a los demás, solo a ella. Y los problemas comenzaron de inmediato: pensemos en la situación irregular según la ley, en el tormento de San José, en los planes de vida omitidos, en lo que diría la gente... Pero María pone la confianza en Dios ante los problemas. Y cuando la deja ángel, ella cree que con ella, en ella, Dios ha permanecido. Y confía. Confía en Dios. Es cierto que con el Señor, aunque inesperadamente, todo estará bien. Aquí está la actitud sabia: no vivir dependiendo de los problemas: —terminado uno, otro se presentará!— pero confiando en Dios y encomendándose todos los días a Él: ¡*Heme aquí!* «*Heme aquí*» es la palabra. «*Heme aquí*» es la oración. Pidamos a la Inmaculada la gracia de vivir así.

Al finalizar la oración mariana el Papa recordó la beatificación de los mártires de Argelia y rezó por las víctimas de la tragedia sucedida en una discoteca italiana, en la localidad de Corinaldo.

Queridos hermanos y hermanas:

hoy, en el santuario de Notre-Dame de Santa Cruz en Orán, Argelia, han sido proclamados Beatos el obispo Pietro Claverie y los dieciocho compañeros religiosos y religiosas, asesinados por odio a la fe. ¡19 beatos! Estos mártires de nuestro tiempo han sido fieles anunciadores del Evangelio, humildes constructores de paz y testigos heroicos de la caridad cristiana: un obispo, sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos. Su

valiente testimonio es una fuente de esperanza para la comunidad católica argelina y una semilla de diálogo para toda la sociedad. Esta beatificación es para todos un incentivo para construir juntos un mundo de fraternidad y solidaridad. Un aplauso para los nuevos Beatos, todos juntos.

Aseguro un recuerdo en mi oración para los chicos y la madre que han muerto esta noche en una discoteca en Corinaldo, cerca de Ancona, así como a los numerosos heridos. Pido para todos la intercesión de la Virgen.

Os saludo con afecto a vosotros, peregrinos procedentes de Italia y de diversos países, especialmente a las familias, a los grupos parroquiales y a las asociaciones. En esta fiesta de la Inmaculada, en las parroquias italianas se renueva la adhesión a la Acción Católica, una asociación que desde hace 150 años es un don y un recurso para el camino de la Iglesia en Italia. Animo a sus articulaciones diocesanas y parroquiales a comprometerse con la formación de los laicos capaces de testimoniar el Evangelio, convirtiéndose en levadura de una sociedad más justa y solidaria.

Bendigo cordialmente a los fieles de Rocca di Papa y la antorcha con la que encenderán la gran estrella en la fortaleza de su hermoso pueblo, en honor a María Inmaculada.

Esta tarde iré a Santa María la Mayor para rezar a Nuestra Señora, y luego iré a la Plaza de España para renovar el tradicional acto de homenaje y oración al pie del monumento a la Inmaculada. Les pido que se unan a mí espiritualmente en este gesto, que expresa la devoción filial hacia nuestra Madre celestial.

Y deseo a todos una buena fiesta y buen camino de Adviento con la guía de la Virgen María. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

La oración del Papa en la plaza de España

No a la resignación y a la indiferencia

Publicamos a continuación una traducción de la oración que el Papa Francisco rezó el sábado 8 de diciembre, por la tarde, durante el acto de veneración de la Inmaculada en la plaza de España de Roma.

Madre inmaculada,
en el día de tu fiesta, tan querida por el pueblo cristiano,
vengo a rendirte homenaje en el corazón de Roma.
En mi alma traigo a los fieles de esta Iglesia.
Y a todos los que viven en esta ciudad, especialmente los enfermos y a cuantos por diferentes situaciones les cuesta salir adelante.
En primer lugar, queremos agradecerte por el cuidado materno con el que nos acompañas en nuestro camino:
¡Cuántas veces oímos hablar con lágrimas en los ojos, de aquellos que han experimentado tu intercesión, por las gracias que pides para nosotros a tu Hijo Jesús!
También pienso en una gracia ordinaria que das a la gente que vive en Roma:
La de afrontar con paciencia los inconvenientes de la vida cotidiana.
Pero por eso te pedimos la fuerza para no resignarnos, es más,
para hacer cada día cada uno su parte para mejorar las cosas,
para que el cuidado de cada uno haga que Roma sea más bella y habitable para todos;
para que el deber bien hecho por cada uno asegure los derechos de todos.
Y pensando en el bien común de esta ciudad, te rezamos por aquellos que tienen roles de mayor responsabilidad:
Obtén para ellos sabiduría, la amplitud de miras, el espíritu de servicio y de colaboración.
Santa Virgen quisiera confiarte en modo particular a los sacerdotes de esta diócesis:
Los párrocos, los vicapárrocos, los sacerdotes ancianos que con el corazón de pastores continúan trabajando por el pueblo de Dios,
A los muchos sacerdotes estudiantes de todo el mundo que colaboran en las parroquias.
Para todos ellos te pido la dulce alegría de evangelizar y el don de ser padres, cercanos a la gente, misericordiosos.
A ti, Mujer, consagrada a Dios, confío a las mujeres consagradas en la vida religiosa y en la vida secular, que gracias a Dios en Roma hay tantas, más que en cualquier otra ciudad del mundo,
y forman un mosaico estupendo de nacionalidades y culturas.
Para ellas, te pido la alegría de ser, como Tú, esposas y madres, fecundas en la oración, en la caridad, en la compasión.
Oh, Madre de Jesús,
una última cosa te pido, en este tiempo de Adviento, pensando en los días en los que tú y José estabais nerviosos por el nacimiento ya inminente de vuestro hijo, preocupados porque existía el censo y también vosotros teníais que dejar vuestro país, Nazareth, e ir a Belén...
Tú sabes, Madre, lo que quiere decir llevar en el seno la vida y sentir alrededor la indiferencia, el rechazo, a veces el desprecio.
Por eso te pido que estés junto a las familias que hoy en Roma, en Italia, en todo el mundo viven situaciones similares, para que no estén abandonadas a sí mismas, sino tuteladas en sus derechos, derechos humanos que preceden a cada exigencia incluso legítima.
Oh María Inmaculada, Amanecer de la esperanza en el horizonte de la humanidad.
Vela por esta ciudad, en los hogares, las escuelas, las oficinas, los comercios,
en las fábricas, hospitales, cárceles;
que no falte en ninguna parte lo que Roma tiene máspreciado,
y que conserva para el mundo entero, el testamento de Jesús: «Que como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (cf. Juan 13, 34).
Amén.



En la festividad de la Virgen de Guadalupe el Papa habla de la riqueza multicultural de América latina

La escuela de María



El Papa Francisco se refirió al «corazón recóndito que palpita» en los pueblos latinoamericanos y que custodia «el sentido de Dios y su trascendencia, la sacralidad de la vida, el respeto por la creación, los lazos de solidaridad, la alegría del arte del buen vivir y la capacidad de ser felices y hacer fiesta sin condiciones» al celebrar el miércoles por la tarde, 13 de diciembre, en el altar de la Confesión de la basílica Vaticana, la misa por la fiesta de la Virgen de Guadalupe.

«**M**i alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador, porque él miró con bondad la pequeñez de su servidora» (Lc 1, 46-48). Así comienza el canto del *Magnificat* y, a través de él, María se vuelve la primera «pedagoga del evangelio» (CELAM, Puebla, 200): nos recuerda las promesas hechas a nuestros padres y nos invita a cantar la misericordia del Señor. María nos enseña que, en el arte de la misión y de la esperanza, no son necesarias tantas palabras ni programas, su método es muy simple: caminó y cantó.

María caminó

Así nos la presenta el evangelio después del anuncio del Ángel. Presurosa —pero no ansiosa— caminó hacia la casa de Isabel para acompañarla en la última etapa del embarazo; presturata caminó hacia Jesús cuando faltó vino en la boda; y ya con los cabellos grises por el pasar de los años, caminó hasta el Gólgota para estar al pie de la cruz: en ese umbral de oscuridad y dolor, no se borró ni se fue, caminó para estar allí. Caminó al Tepeyac para acompañar a Juan Diego y sigue caminando el Continente cuando, por medio de una imagen o estampita, de una vela o de una medalla, de un rosario o Ave María, entra en una casa, en la celda de una cárcel, en la sala de un hospital, en un asilo de ancianos, en una escuela, en una clínica de rehabilitación... para decir: «¿No estoy aquí yo, que soy tu madre?» (*Nican Moyolá, 110*). Ella más que nadie sabía de cercanías. Es mujer que camina con delicadeza y ternura de madre, se hace hospedar en la vida familiar, desata uno que otro nudo de los tantos entuertos que logramos generar, y nos enseña a permanecer de pie en medio de las tormentas. En la escuela de María aprendemos a estar en camino para llegar allí donde tenemos que estar: al pie y de pie entre tantas vidas que han perdido o le han robado la esperanza. En la escuela de María aprendemos a caminar el barrio y la ciudad no con zapatillas de soluciones mágicas, respuestas instantáneas y efectos inmediatos; no a fuerza de promesas fantásticas de un pseudo-progreso que, poco a poco, lo único que logra es usurpar identidades culturales y familiares, y vaciar de ese tejido vital que ha sostenido a nuestros pueblos, y esto con la intención pretenciosa de establecer un pensamiento único y uniforme. En la escuela de María aprendemos a caminar la ciudad y nos nutrimos el corazón con la riqueza multicultural que habita el Continente; cuando somos capaces de escuchar ese corazón recóndito que palpita en nuestros pueblos y que custodia —como un fueguito bajo aparentes cenizas— el sentido de Dios y su trascendencia, la sacralidad de la vida, el respeto por la creación, los lazos de solidaridad, la alegría del arte del buen vivir y la capacidad de ser felices y hacer fiesta sin condiciones, ahí llegamos a entender lo que es la América profunda (cf. *Encuentro con el Comité Directivo del CELAM*, Colombia, 7 septiembre 2017).

María caminó y María cantó

María camina llevando la alegría de quien canta las maravillas que Dios ha hecho con la pequeñez de su servidora. A su paso, como buena Madre, suscita el canto dando voz a tantos que de una u otra forma sentían que no podían cantar. Le da la palabra a Juan —que salta en el seno de su madre—, le da la palabra a Isabel —que co-



mienza a bendecir—, al anciano Simón —y lo hace profetizar y soñar—, enseña al Verbo a ballarse sus primeras palabras. En la escuela de María aprendemos que su vida está marcada no por el protagonismo sino por la capacidad de hacer que los otros sean protagonistas. Brinda coraje, enseña a hablar y sobre todo anima a vivir la audacia de la fe y la esperanza. De esta manera ella se vuelve transparencia del rostro del Señor que muestra su poder invitando a participar y convoca en la construcción de su templo vivo. Así lo hizo con el indio Juan Diego y con tantos otros a quienes, sacando del anonimato, les dio voz, les hizo conocer su rostro e historia y los hizo protagonistas de esta nuestra historia de salvación. El Señor no busca el aplauso egoísta o la admiración mundana. Su gloria está en hacer a sus hijos protagonistas de la creación. Con corazón de madre, ella busca levantar y dignificar a todos aquellos que, por distintas razones y circunstancias, fueron inmersos en el abandono y el olvido. En la escuela de María aprendemos el protagonismo que no necesita humillar, maltratar, desprestigiar o burlarse de los otros para sentirse valioso o importante; que no recurre a la violencia física o psicológica para sentirse seguro o protegido. Es el protagonismo que no le tiene miedo a la ternura y la caricia, y que sabe que su mejor rostro es el servicio. En su escuela aprendemos auténtico protagonismo, dignificar a todo el que está caído y hacerlo con la fuerza omnipotente del amor divino, que es la fuerza irresistible de su promesa de misericordia. En María, el Señor desmiente la tentación de dar protagonismo a la fuerza de la intimidación y del poder, al grito del más fuerte o del hacerse valer en base a la mentira y a la manipulación. Con María, el Señor custodia a los creyentes para que no se les endurezca el corazón y puedan conocer constantemente la renovada y renovadora fuerza de la solidaridad, capaz de escuchar el latir de Dios en el corazón de los hombres y mujeres de nuestros pueblos. María, «pedagoga del evangelio», caminó y cantó nuestro Continente y, así, la Guadalupeana no es solamente recordada como indígena, española, hispana o afroamericana. Simplemente es latinoamericana. Madre de una tierra fecunda y generosa en la que todos, de una u otra manera, nos podemos encontrar desempeñando un papel protagónico en la construcción del Templo santo de la familia de Dios. Hijo y hermano latinoamericano, sin miedo, canta y camina como lo hizo tu Madre.

Signo de unidad para México

El Arzobispo primado de México y custodio de la imagen de la Virgen de Guadalupe del Tepeyac, el cardenal Carlos Aguir Retes se dirigió a los fieles que esperan una nueva fase de paz y reconciliación en el país, para que confíen esta etapa a la Virgen de Guadalupe. También hizo un llamamiento para apoyarse en la fe para vencer la crisis y señaló a través de un comunicado que «el país enfrenta desafíos muy grandes y serios, como la violencia y el asesinato, y un fenómeno reciente y muy serio es el suicidio de los adolescentes que pierden el significado de la vida en una edad tan tierna».

El prelado también abordó la cuestión en su homilía del segundo domingo de Adviento en la basílica de Guadalupe, en la que habló además de migraciones y evocó las experiencias de los emigrantes Mexicanos que han ido a Estados Unidos en busca de «una forma de supervivencia digna» y remarcó: «¡Cuántos migrantes hoy ocupan puestos relevantes en la administración pública y en las instituciones privadas! ¡Cuántos de ellos sostienen hoy a muchos de sus familiares y amigos con el envío de las remesas para ayudarles a salir adelante!». Destacó

que «son acontecimientos históricos que vive el pueblo, y que debemos recoger», porque eso puede animar al atravesar momentos de dificultad, violencia, homicidios, y «algo muy grave: suicidios de adolescentes que pierden el sentido de la vida a tan temprana edad». El arzobispo se refirió a ellos como «desafíos muy grandes y graves para nuestra patria». Y agregó: «Por eso, hoy recordamos aquí otro acontecimiento histórico, que nos ha dado identidad, que nos recuerda siempre el cariño de Dios: la ternura materna de María de Guadalupe».

Unos días antes de la celebración de la solemnidad, Aguir Retes envió un vídeo con un mensaje de bienvenida para todos los peregrinos que visiten el santuario mariano y expresó su deseo de que sea «una experiencia magnífica como cuando el hijo se encuentra con su madre».

El semanal católico *Desde la fe*, difundido muy seguido en la arquidiócesis, subrayó en su último editorial que «la fiesta de la Virgen de Guadalupe ofrece la oportunidad de trabajar en dos dimensiones fundamentales: lo religioso y lo social, dejar a un lado la discordia, considerarnos hermanos y así poder servir a la na-

ción». Y añadió que la Virgen «debe ser un ícono y un paradigma para la nueva fase política de nuestro país. Su acción conciliadora a través de Juan Diego, para promover la unión de un pueblo naciente, es un ejemplo actual para encontrar el camino, para todos, incluso cuando hay diferencias profundas».

El rector de la Basílica de Guadalupe, Salvador Martínez Ávila, recordó en su homilía de la misa de medianoche en la basílica —la solemnidad con la que se inician los festejos para conmemorar la aparición de la Virgen de Guadalupe— que «por muy negra o muy triste que parezca la realidad que en el momento oportuno en este tiempo de dolor y de desequilibrio social, Dios ha enviado a su hijo nacido de mujer para redimir a todos los que estamos bajo el influjo de la ley».

La Virgen de Guadalupe se apareció al indígena san Juan Diego en el año 1531, a los pies del cerro de Tepeyac, al norte de México y le manifestó su deseo de que se construyera allí un santuario. Desde entonces, la devoción a la Virgen de Guadalupe se ha convertido en una de las creencias más arraigadas en el país, a lo largo de sus diferentes periodos históricos.



El Papa se suma al llamamiento Leaders for Peace

El otro nunca es un enemigo

No hay que considerar al otro como «un enemigo», sino como una persona con la que «dialogar y confrontarse»: Lo recordó el Papa Francisco en el discurso dirigido a los miembros de la asociación Rondine-Ciudad de la paz, a quienes recibió en audiencia el lunes, 3 de diciembre, antes de que partieran hacia Nueva York, para participar en la celebración del septuagésimo aniversario de la Declaración universal de los derechos humanos en la sede de la ONU.

Queridos hermanos y hermanas:

Os recibo con alegría en el vigésimo aniversario de la Asociación Rondine-Ciudad de la Paz. Saludo al presidente, señor Franco Vaccari, y le agradezco su presentación. Saludo al cardenal Gualtiero Bassetti, que desde el principio ha apoyado esta asociación sintiendo en ella el «perfume» del venerable Giorgio La Pira y al arzobispo de Arezzo-Cortona-Sansepolcro, Riccardo Fontana. De manera especial, os saludo a vosotros, jóvenes, que venís de países donde los conflictos han degenerado en varias formas de violencia y guerra, y que vivís en Rondine la experiencia del Estudiantado Internacional. Y a vosotros, chicos y chicas de todas las regiones italianas, con vuestros profesores del cuarto año de instituto. Y también a vosotros, antiguos alumnos, miembros, simpatizantes y amigos. ¡Bienvenidos!

Vuestro compromiso educativo es acoger a jóvenes que, en diversas partes del mundo, viven atrapados en culturas envenenadas por el dolor y el odio y ofrecerles un desafío audaz: verificar en persona si el otro, aquel o aquella que está más allá de una frontera cerrada, de alambradas o muros infranqueables, es realmente lo que todos dicen: un enemigo. En estos veinte años, habéis desarrollado un método capaz de transformar conflictos, haciendo salir a los jóvenes de este engaño y devolviéndolos a sus pueblos para un completo desarrollo espiritual, moral, cultural y civil: jóvenes generosos que, inocentes, han nacido con el peso de los fracasos de las generaciones anteriores.

Habéis fundado esta obra en dos grandes raíces espirituales de

vuestra tierra: San Francisco de Asís, estigmatizado en La Verna, y San Romualdo, fundador de Camaldoli. ¡Habéis elegido bien!

Yo también, cuando elegí el nombre de Francisco, pensé en los pobres y en la paz. La pobreza —en sentido negativo— y la guerra están vinculadas en un círculo vicioso que mata a las personas, alimenta sufrimientos indecibles y propaga un odio que no se detiene. Al elegir dedicarnos a los jóvenes, también os habéis comprometido a combatir la pobreza y construir la paz, como una obra de justicia y amor. Una acción que nutre la esperanza y confía en el hombre, especialmente en los jóvenes.

La Pira escribió que La Verna es «el trampolín de lanzamiento para las empresas de paz». En esa montaña hay un misterio de dolor y amor transfigurado, y vosotros que habéis elaborado el *Método Rondine* para la transformación creativa de los conflictos, allá arriba recibís una inspiración continua para progresar al servicio del bien común. Y así tenéis el privilegio de cosechar los brotes de un florecimiento de paz para toda la humanidad.

He escuchado el llamamiento que habéis escrito y que presentáis en la ONU el 10 de diciembre, con motivo del 70º aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. ¡Escuchar a un joven palestino y a un joven israelí que juntos piden a los gobiernos del mundo que den un paso que pueda reabrir el futuro, transfiriendo el costo de un arma del presupuesto de defensa al presupuesto de educación para formar un líder de paz, es algo raro, es algo brillante! ¿Cómo se puede

estar en desacuerdo? Pero nosotros, los adultos, no podemos arreglarnos con decir «buenos chicos», no. Siento que tengo que daros todo mi apoyo, mi simpatía y mi bendición.

De hecho vuestro llamamiento contiene y propone una visión concreta. En el Mensaje para la próxima Jornada Mundial de la Paz, el 1 de enero de 2019, que tiene como tema *La buena política está al servicio de la paz*, reitero que la responsabilidad política pertenece a cada ciudadano, en particular a aquellos que han recibido el mandato de proteger y gobernar. Esta misión consiste en salvaguardar la ley y fomentar el diálogo entre los actores de la sociedad, entre generaciones y entre culturas. Escuchándoos agrego: entre las partes en conflicto. Porque la confianza solo se crea en el diálogo.

Cuando se respeta al ser humano en sus derechos fundamentales —como lo recuerda San Juan XXIII en su encíclica *Pacem in terris* (1963)— surge en él el sentido del deber de respetar los derechos de los demás. Los derechos y deberes aumentan la conciencia de pertenecer a la misma comunidad, con los demás y con Dios (cf. *ibid.*, 45). Por lo tanto, estamos llamados a llevar y anunciar la paz como la buena noticia de un futuro en el que cada ser vivo será considerado en su dignidad y sus derechos.

Vosotros, queridos jóvenes, habéis decidido encontraros cuando todo a vuestro alrededor y dentro de vosotros decía: ¿Por qué? ¿Para qué sirve? ¿Será justo? Y, después de los dos años de formación en Rondine, habéis cambiado vuestros sentimientos, vuestros pensamientos, habéis hecho nacer la confianza mutua y ahora estáis listos para asumir responsabilidades profesionales, civiles y políticas por el bien de vuestros pueblos. ¡Vosotros sois ya esos jóvenes líderes que en el llamamiento pedís a

los estados y pueblos que se comprometan a formarse juntos!

Nos pedís que nos unamos a vuestro llamamiento. Por mi parte, lo haré, y pido a los jefes de estado y de gobierno que hagan lo mismo. ¡Qué vuestra voz —débil pero fuerte en la esperanza y el coraje de la juventud— sea escuchada el 10 de diciembre en las Naciones Unidas! Hacen falta líderes con una nueva mentalidad. Los que no saben dialogar y enfrentarse entre sí no son líderes de paz: un líder que no se esfuerza por salir al encuentro del «enemigo», de sentarse con él a la mesa como hacéis vosotros, no puede conducir a su pueblo hacia la paz. Para lograrlo se necesita humildad, no arrogancia: San Francisco os ayude a seguir este camino con valor. Escuchando a los jóvenes, también en el reciente Sínodo en el que han sido protagonistas, aprendí mucho de ellos. Espero que vuestros líderes vengan a Rondine y vean cómo sus jóvenes están preparando la paz.

Me alegra que hayáis elegido la encíclica *Laudato si'* como texto fundamental de vuestra escuela: en efecto, la ecología integral ofrece la posibilidad de que la humanidad se conciba como la única familia y considere la Tierra como un hogar común. Es bueno que con vuestro método queráis llegar al mismo tiempo a ciudadanos y líderes políticos, representantes de instituciones nacionales e internacionales. De hecho, la paz es responsabilidad de cada uno. Por eso, junto con el cardenal secretario de Estado, os habéis encontrado con el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede. Con el esfuerzo de todos debemos eliminar definitivamente la guerra del planeta y de la historia de la humanidad.

Queridos amigos, que este vigésimo aniversario de vuestra asociación renueve el empuje para difundir en el mundo vuestro testimonio simple y sólido, vuestro método, vuestro deseo de cambio que, a partir de las relaciones, impregna todos los aspectos de la vida. Que podáis contribuir a derribar los muros más altos, construir puentes y eliminar las fronteras infranqueables, legado de un mundo que se está acabando. Habéis superado las barreras más difíciles, las que están dentro de cada uno de vosotros, disolviendo el engaño del enemigo, y os habéis sorprendido cuando habéis reabierto los confines bloqueados por las guerras. Por favor, no perdáis nunca vuestro asombro ni vuestra humildad. Guardad, queridos jóvenes de Rondine, la confianza que habéis logrado entre vosotros y transformadla en una generosa tarea de servicio al bien común. ¡Que continúe, señor presidente, la obra comenzada! Por eso os bendigo de todo corazón, así como a vuestros seres queridos, y os aseguro mi oración. Vosotros también, por favor, acordaos de rezar por mí. Gracias.

En señal de fraternidad

La beatificación de los mártires de Argelia es un acontecimiento cuyo alcance no solo es religioso. Por la ejemplaridad de estas figuras de mujeres y hombres que, conscientes de arriesgar la vida, no abandonaron el país en el que habían elegido permanecer ni a un pueblo que ya consideraban el suyo. Haciendo auténticas las palabras de Jesús, transmitidas por el evangelio de san Juan, de que no hay amor más grande que dar la vida por los propios amigos. Como hizo también Mohammed Bouchikhi, el joven musulmán asesinado junto a Pierre Claverie, obispo de Orán, en unos años y en un país devastados por el terror y la violencia.

Desde el pontificado de Benedicto XVI las beatificaciones ya no se celebran prevalentemente en Roma, como sucedía con anterioridad, sino en las diversas diócesis para expresar con más evidencia la encarnación del catolicismo en las diferentes partes del mundo y por lo tanto, su pluralidad. En la celebración de los mártires de Argelia, el Papa no solo quiso estar representado por el prefecto de la Congregación de las causas de los santos como su enviado sino que con un mensaje se declaró seguro de que «este acontecimiento inédito en vuestro país diseñará un gran signo de fraternidad en el cielo argelino destinado al mundo entero».

La fraternidad es, de hecho, la clave de lectura de esta beatificación que muestra, como dijo el enviado papal, el cardenal Angelo Becciu, que «la Iglesia no desea otra cosa que servir al pueblo argelino, testimoniando amor hacia todos». Una presencia evangélica, por lo tanto, en el surco de cuantos en el tiempo han recorrido este camino. Según la lógica vivida por el «hermano universal» Charles de Foucauld, de quien precisamente en estos días sale a la venta traducido al italiano (Effatà) la gran biografía de Pierre Sourisseau.

El día 1 de diciembre de 1916, solo algunas horas antes de ser asesinado en el corazón del desierto, el «asceta del Sáhara», descrito por Montini en un texto de 1953 dejaba en una carta, sin saberlo, su testamento. «Nunca debemos dudar en pedir lugares donde el peligro, el esfuerzo, la dedicación sean mayores: dejamos el honor a quienes lo deseen, pero el peligro, la fatiga, reclamémoslo siempre» escribía a Louis Massignon, pionero de la amistad entre cristianos y musulmanes, resumiendo su propia vida, tan similar a los mártires de Argelia.

Es, por lo tanto, un signo para todos, en un tiempo de incomprensiones y de asperezas, la beatificación de estos mártires, celebrada en conjunto por cristianos y por musulmanes. Para testimoniar una voluntad de encontrarse y de proceder juntos en la paz, esperando el final de la historia humana. Como se lee en una oración escrita por el amigo musulmán del obispo Pierre Claverie, asesinado con él el 1 de agosto de 1996: «En el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso. Os digo: que la paz esté con vosotros. Agradezco a quien lea mi cuaderno de recuerdos. Y digo a cada uno de aquellos que he conocido en mi vida que le agradezco. Digo que serán recompensados en el último día. Pido perdón a quien haya hecho mal, perdón a aquel que me perdonará en el día del juicio, perdón a quien haya escuchado de mi boca una mala palabra. Me acuerdo de lo que he hecho bien en mi vida. Que Dios en su omnipotencia me haga siervo suyo y que me conceda su ternura». (g.m.v)



El mensaje sobre la beatificación de los mártires de Argelia

Se celebró el sábado 8 de diciembre en Orán la beatificación del obispo Pierre Claverie y los dieciocho religiosos y religiosas mártires en Argelia. Quien la presidió como enviado especial del Papa fue el cardenal Angelo Becciu, prefecto de la Congregación de las causas de los santos, que durante la misa leyó el mensaje papal del que publicamos una traducción del francés.

Queridos hermanos y hermanas:

Este sábado, 8 de diciembre, la Iglesia de Argelia celebra con alegría la beatificación de diecinueve religiosos y religiosas mártires. Me sumo a vuestra acción de gracias por estas vidas entregadas totalmente por amor de Dios, del país y de todos sus habitantes, cuya humilde vida cotidiana compartís con espíritu de hermandad, de amistad y de servicio. Recibid aquí mi aliento fraternal para que esta celebración ayude a sanar las heridas del pasado y cree una nueva dinámica de encuentro y convivencia siguiendo las huellas de nuestros beatos.

Estoy muy agradecido al Presidente de la República Democrática Popular de Argelia, el Sr. Abdelaziz Buteflika, y a sus colaboradores, por facilitar la celebración en Argelia de la beatificación del obispo Pierre Claverie y de sus dieciocho compañeros y compañeras, mártires del amor más grande. Quiero expresar también todo mi afecto por el pueblo argelino que ha conocido grandes sufrimientos durante la crisis social de la que fue víctima en los últimos años del siglo pasado.

En memoria de la muerte en Argelia de estas diecinueve víctimas cristianas, los católicos de Argelia y del mundo

quieren celebrar la fidelidad de estos mártires al proyecto de paz que Dios inspira a todos los hombres. Al mismo tiempo, quieren llevar en sus oraciones a todos los hijos e hijas de Argelia que han sido, como ellos, víctimas de la misma violencia por haber vivido, con fidelidad y respeto por el otro, sus deberes como creyentes y ciudadanos en esta tierra bendita. También rezamos por ellos y expresamos nuestro homenaje agradecido.

La Iglesia católica en Argelia sabe que es heredera, con toda la nación argelina, del gran mensaje de amor propuesto por uno de los numerosos maestros espirituales de vuestra tierra, San Agustín de Hipona. Quiere servir el mismo mensaje, en estos tiempos en que todos los pueblos quieren avanzar en su aspiración de «Vivir juntos en paz».

Con la beatificación de nuestros diecinueve hermanos y hermanas, la Iglesia quiere testimoniar su deseo de continuar trabajando por el diálogo, la concordia y la amistad. Creemos que este evento sin precedentes en vuestro país trazará en el cielo argelino un gran signo de fraternidad destinado al mundo entero.

Nos alegra que esta celebración se pueda vivir en un santuario dedicado a la Virgen María, que está particularmente presente en nuestras dos tradiciones religiosas. Que la mirada materna de la Santísima Virgen María, llena de gracia, toda hermosa y toda pura, os proteja y os custodie.

En el Vaticano, 2 de diciembre de 2018.

FRANCISCO

«La pequeñez es libertad». Lo dijo el Papa el viernes 7 de diciembre, por la mañana recibiendo en audiencia en la sala clementina a quienes donaron el árbol y el pesebre instalados en la plaza de San Pedro.



Por la donación del árbol y los pesebres

La luz y la ternura de Dios

Queridos hermanos y hermanas:

¡Gracias por vuestra visita! Os doy la bienvenida y recibo con tanta gratitud los dones que habéis venido a traerme: el árbol de Navidad y el pesebre, ya instalados en la Plaza de San Pedro y que serán admirados por muchos peregrinos de todo el mundo. Saludo cordialmente a cada uno de vosotros, comenzando por el Patriarca de Venecia y el obispo de Concordia-Pordenone, a quienes agradezco sus palabras fraternales. Dirijo un saludo deferente a las autoridades civiles, y un pensamiento afectuoso a todos los habitantes de Jesolo, Pordenone, Véneto y Friuli-Venecia Giulia, a los que representáis aquí. Doy las gracias a todos los que han colaborado en la realización de

estos signos navideños, especialmente a los cuatro escultores, de diferentes países, que han esculpido el Nacimiento y a los técnicos y al personal de la Gobernación.

El árbol y el Nacimiento son dos signos que nunca dejan de fascinarnos; nos hablan de la Navidad y nos ayudan a contemplar el misterio de Dios que se hizo hombre para estar cerca de cada uno de nosotros. El árbol de Navidad con sus luces nos recuerda que Jesús es la luz del mundo, es la luz del alma que ahuyenta las tinieblas de la enemistad y abre espacio al perdón. El abeto rojo que este año se coloca en la Plaza de San Pedro, procedente del bosque de Cansiglio, nos sugiere otra reflexión. Con su altura de más de veinte

metros, simboliza a Dios que con el nacimiento de su Hijo Jesús se abajó hasta el hombre para elevarlo a sí y levantarlo de las nieblas del egoísmo y el pecado. El Hijo de Dios asume la condición humana para atraerla a sí y hacerla participar en su naturaleza divina e incorruptible.

El Nacimiento, situado en el centro de la Plaza, está hecho con arena de Jesolo, originaria de los Dolomitas. La arena, material pobre, recuerda la simplicidad, la pequeñez y también la fragilidad —como ha dicho el Patriarca— con que Dios se mostró con el nacimiento de Jesús en la precariedad de Belén.

Nos podría parecer que esta pequeñez contradijese la divinidad, tanto es así que alguno, desde el principio la ha considerado solamente como una apariencia, un revestimiento. En cambio no, porque la pequeñez es libertad. Los que son pequeños —en sentido evangélico— no solo son ligeros, sino que también están libres de cualquier deseo de aparecer y de cualquier pretensión de éxito; como los niños que se expresan y se mueven con espontaneidad. Todos nosotros estamos llamados a ser libres ante Dios, a tener la libertad de un niño ante su padre. El Niño Jesús, Hijo de Dios y nuestro Salvador, que colocamos en el pesebre, es Santo en pobreza, pequeñez, simplicidad, humildad.

Que Nacimiento y el árbol, símbolos fascinantes de la Navidad, puedan llevar a las familias y lugares de encuentro un reflejo de la luz y la ternura de Dios, para ayudar a todos a vivir la fiesta del nacimiento de Jesús. Que contemplando al niño Dios que emana luz en la humildad del Nacimiento podamos también convertirnos en testigos de humildad, ternura y bondad.

Queridos amigos, os renuevo mi gratitud y os brindo mis mejores deseos de una Feliz Navidad. ¡Una santa y feliz Navidad! Os pido que recéis por mí y os bendigo de todo corazón, así como a vuestra familia y a vuestros conciudadanos. Gracias.

Símbolos de paz

«La arena fluye entre las manos, recuerda a la tierra, lo efímero». Y el pesebre instalado este año en la Plaza de San Pedro recuerda, incluso con el material elegido, «al misterio de Dios que busca al hombre que es fragilidad». Lo dijo el patriarca de Venecia, Francesco Moraglia, en el discurso de bienvenida dirigido al Papa Francisco. El cardenal destacó la importancia de este signo, «a veces objeto de polémicas», que «une a las personas y las ayuda a encontrarse como hermanos en el único Padre». Del otro símbolo navideño, el árbol decorado, habló en su lugar el obispo de Concordia-Pordenone Giuseppe Pellegrini, recordando cómo habla de «vida, amor, paz y solidaridad». El prelado también solicitó al Papa una oración especial por la población friuliana, —la tierra de origen del abeto que se donó al Pontífice— recientemente afectada por desastres naturales.



El pesebre es una experiencia de belleza, es un fruto de la belleza que suscita el misterio de Dios que se convierte en uno de nosotros. Así lo afirmó el arzobispo Rino Fisichella, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización, en la inauguración de la exposición internacional «100 pesebres en el Vaticano», que tuvo lugar la mañana del viernes 7 de diciembre. El prelado subrayó que esta muestra alberga más de 126 nacimientos más uno, que es la representada por todos los creyentes.

Cien nacimientos en el Vaticano

Con la preparación del pesebre, dijo, se quiere transmitir el anuncio de que Dios se hizo uno de nosotros. Es por lo tanto un momento de transmisión de la fe, es decir, de una nueva evangelización. Después agregó que la tradición de hacer un pesebre recuerda cómo vivir como creyentes, señalando que la presencia de la embajadora de Panamá ante la Santa Sede, Miroslava Rosas Vargas, vuelve a conectar la exposición con el la próxima Jornada mundial de la juventud que tendrá lugar del 22 de enero al 27 de enero de 2019 en el país centroamericano.

De hecho, algunos jóvenes panameños con trajes tradicionales estuvieron presentes, quienes bailaron con el sonido de canciones y música interpretadas por el coro «Soñero sostenible» de la *Fao Staff coop*, dirigida por Carolina León Páez, y por el coro juvenil de la comunidad Shalom, dirigido por Francesco Lombardi. Al final de la ceremonia se ejecutó

el himno oficial de la JMJ de 2019, titulado *He aquí la sierva del Señor*. En el encuentro estuvieron presentes, entre otros, el cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga y Mariacarla Menaglia, directora de la «Rivista delle Nazioni», una organización que lleva organizando la exposición durante cuarenta y dos años, hasta el año pasado en la Plaza del Pólo de Roma.

La exposición permanecerá abierta todos los días, de 10 a 20, hasta el 13 de enero de 2019, con entrada en Via dell'Ospedale 1.





Eleanor Roosevelt muestra la Declaración universal de los derechos humanos

A 70 años de la declaración de los derechos humanos

Sigue habiendo graves injusticias

«Poner los derechos humanos en el centro de todas las políticas», incluso «cuando eso signifique ir a contracorriente»: es el «sentido llamamiento que el Papa dirige a «cuantos tienen responsabilidades institucionales» en un mensaje enviado a los participantes de la conferencia internacional sobre «Los derechos humanos en el mundo contemporáneo: conquistas, omisiones, negaciones», que se abrió el lunes 10 de diciembre en la Pontificia universidad Gregoriana. Promovido por el Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral y por el ateneo citado, el encuentro se llevó a cabo con ocasión del septuagésimo aniversario de la Declaración universal de los derechos humanos y del vigésimo quinto de la Declaración y del Programa de acción de Viena. A continuación, el texto del mensaje, leído en la apertura de los trabajos por el cardenal prefecto del Dicasterio Peter Appiah Turkson.

Señor Cardenal,
venerados hermanos en el Episcopado
y en el Sacerdocio,
queridos hermanos y hermanas:

Me complace enviaros un cordial saludo a todos vosotros, representantes de los Estados ante la Santa Sede, de las instituciones de las Naciones Unidas, del Consejo de Europa, de las Comisiones Episcopales de Justicia y Paz y de las de la pastoral social, del mundo académico, y organizaciones de la sociedad civil, convocadas en Roma para la Conferencia Internacional sobre el tema «Los derechos humanos en el mundo contemporáneo: conquistas, omisiones, negaciones», promovida por el Departamento para el Servicio de Desarrollo Humano Integral y la Pontificia Universidad Gregoriana, con motivo del 70 aniversario de la Declaración universal de los derechos humanos y del 25 aniversario de la Declaración y Programa de Acción de Viena.

A través de estos dos documentos, la familia de las Naciones ha querido reconocer la igual dignidad de cada persona humana, ¹ de la cual se derivan los derechos y libertades fundamentales que, enraizados en la naturaleza de la persona humana —una unidad inseparable de cuerpo y alma— son universales, indivisibles, interdependientes e interconectados. ²

Al mismo tiempo, en la Declaración de 1948 se reconoce que «toda persona tiene deberes respecto a la comunidad, puesto que sólo en ella puede desarrollarse libre y plenamente su personalidad». ³

En el año en el que se celebran importantes aniversarios de estos instrumentos legales internacionales, parece ser oportuna una reflexión profunda sobre los fundamentos y el respeto por los derechos humanos en el mundo contemporáneo, una reflexión que espero sea un presagio de un

renovado compromiso en favor de la defensa de la dignidad humana, con especial atención a los miembros más vulnerables de las comunidades. De hecho, al observar con atención nuestras sociedades contemporáneas, encontramos numerosas contradicciones que nos llevan a preguntarnos si la dignidad igualitaria de todos los seres humanos, proclamada solemnemente hace 70 años, está verdaderamente reconocida, respetada, protegida y promovida en todas las circunstancias. Numerosas formas de injusticia persisten en el mundo de hoy, nutridas por visiones antropológicas restrictivas y por un modelo económico basado en la ganancia, que no duda en explotar, descartar e incluso matar al hombre. ⁴

Mientras que una parte de la humanidad vive en la opulencia, otra parte ve cómo su propia dignidad es repudiada, despreciada o pisoteada y sus derechos fundamentales ignorados o violados. Pienso, entre otras cosas, en los niños por nacer a quienes se les niega el derecho a venir al mundo; en aquellos que no tienen acceso a los medios indispensables para una vida digna; ⁵ en aquellos que están excluidos de la educación adecuada; en aquellos que son injustamente privados de trabajo o forzados a trabajar como esclavos; en quienes están detenidos en condiciones inhumanas, en quienes son sometidos a torturas o en quienes se les niega la oportunidad de redimirse ⁶; en las víctimas de desapariciones forzadas y sus familias.

Mis pensamientos también van para todos aquellos que viven en un clima dominado por la sospecha y el desprecio, que son objeto de actos de intolerancia, discriminación y violencia debido a su afiliación racial, étnica, nacional o religiosa. ⁷

Finalmente, no puedo no recordar a quienes sufren violaciones múltiples de sus derechos fundamentales en el contexto trágico de los conflictos armados, mientras que los mercaderes de la muerte sin escrúpulos ⁸ se enriquecen al precio de la sangre de sus hermanos y hermanas.

Ante estos graves fenómenos, todos estamos cuestionados. De hecho, cuando se violan los derechos fundamentales, o cuando se favorece a algunos en detrimento de otros, o cuando se les garantizan solo a determinados grupos, se producen graves injusticias, que a su vez alimentan los conflictos con graves consecuencias tanto dentro de cada nación como en las relaciones entre ellas. Por lo tanto, cada uno está llama-

mado a contribuir con coraje y determinación, en la especificidad de su papel, a respetar los derechos fundamentales de toda persona, especialmente aquellos «invisibles»: de muchos que tienen hambre y sed, están desnudos, enfermos, extranjeros o detenidos. (cf. *Mateo* 25, 35-36), que viven en los márgenes de la sociedad o son descartados.

Esta necesidad de justicia y solidaridad tiene un significado especial para nosotros los cristianos, porque el Evangelio mismo nos invita a dirigir nuestra mirada a los más pequeños de nuestros hermanos y hermanas, a movernos con compasión (cf. *Mateo* 14, 14) y a comprometernos concretamente para aliviar su sufrimiento.

Deseo, en esta ocasión, dirigir un sentido llamamiento a aquellos con responsabilidades institucionales, pidiéndoles que coloquen a los derechos humanos en el centro de todas las políticas, incluidas las de cooperación para el desarrollo, incluso cuando esto signifique ir a contracorriente. Con la esperanza de que estos días de reflexión puedan despertar la conciencia e inspirar iniciativas destinadas a proteger y promover la dignidad humana, confío a cada uno de vosotros, a vuestras familias y a vuestros pueblos, a la intercesión de María Santísima, Reina de la Paz, e invoco sobre todos la abundancia de bendiciones divinas.

En el Vaticano, 10 de Diciembre de 2018

Francis

¹ Cf. *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, 10 de diciembre de 1948, Preámbulo y artículo 1.

² Cf. *Declaración de Viena*, 25 de junio de 1993, n. 5.

³ *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, art. 29.1.

⁴ Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 53.

⁵ Cf. Juan XXIII, Carta Enc. *Pacem in terris*, 11 de abril de 1963.

⁶ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2267.

⁷ Cf. *Discurso a los participantes en la Conferencia Mundial sobre el tema «Xenofobia, racismo y nacionalismo populista, en el contexto de la migración mundial»*, 20 de septiembre de 2018.

⁸ Cf. *Audiencia general*, Plaza de San Pedro, 11 de junio de 2014.



En la audiencia general el Pontífice continúa la reflexión sobre el Padre nuestro

Con santa insistencia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos el camino de catequesis sobre el «Padre nuestro», iniciado la semana pasada. Jesús pone en los labios de sus discípulos una oración breve, audaz, compuesta por siete preguntas, un número que en la Biblia no es casual, indica plenitud. Digo audaz porque, si no la hubiera sugerido Cristo probablemente ninguno de nosotros —es más, ninguno de los teólogos más famosos— osaría rezar a Dios de esta manera. Jesús, de hecho, invita a sus discípulos a acercarse a Dios y a dirigirse con confianza algunas peticiones: ante todo, relacionadas con Él y después, relacionadas con nosotros. No hay preámbulos en el «Padre nuestro». Jesús no enseña fórmulas para «congraciarse» con el Señor, es más, invita a rezarlo haciendo caer las barreras del sometimiento y del miedo. No dice de dirigirse a Dios llamándolo «Omnipotente», «Altísimo», «Tú, que estás tan distante de nosotros, yo soy un mísero»: No, no dice así, sino simplemente «Padre», con toda la sencillez, como los niños se dirigen al padre. Y esta palabra «Padre» expresa la familiaridad y la confianza filial.

La oración del «Padre nuestro» hunde sus raíces en la realidad concreta del hombre. Por ejemplo, nos hace pedir el pan, el pan cotidiano: petición no sencilla pero esencial, que dice que la fe no es una cuestión «decorativa», separada de la vida, que interviene cuando se han cubierto todas las demás necesidades. Si acaso, la oración comienza con la vida misma. La oración —nos enseña Jesús— no inicia en la existencia humana después de que el estómago está lleno: sobre todo anida en cualquier parte que haya un hombre, cualquier hombre, que tiene hambre, que llora, que lucha, que sufre y se pregunta «por qué». Nuestra primera oración, en un cierto sentido, ha sido el vagido que acompañó la primera respiración. En ese llanto de recién nacido se anunciaba el destino de toda nuestra vida: nuestra continua hambre, nuestra continua sed, nuestra búsqueda de felicidad. Jesús, en la oración, no quiere apa-

gar lo humano, no quiere anestesiar. No quiere que modifiquemos las preguntas y peticiones aprendiendo a soportar todo. En cambio, quiere que cada sufrimiento, cada inquietud, se lance hacia el cielo y se convierta en diálogo. Tener fe, decía una persona, es acostumbrarse al grito.

Deberíamos ser todos como el Bartimeo del Evangelio (cf. *Marcos* 10, 46-52) —recordemos aquel pasaje del Evangelio, Bartimeo, el hijo de Timeo— ese hombre ciego que mendigaba a las puertas de Jericó. En

torno a él había mucha gente buena que intentaba hacerle callar: «¡Pero estate callado! Pasa el Señor. Estate callado. No molestes. El maestro tiene tanto que hacer; no lo molestes. Eres molesto con tus gritos. No molestes». Pero él, no escuchaba aquellos consejos: con santa insistencia pretendía que su mísera condición pudiera finalmente encontrar a Jesús y gritaba más fuerte. Y la gente educada: «Pero no, es el Maestro, ¡por favor!, ¡estás dando una mala impresión!» y él gritaba, porque quería ver, quería ser sanado: «¡Hijo de

Concluye la reunión del Consejo de cardenales

El Papa Francisco recibió una nueva propuesta de la constitución apostólica, cuyo título provisional es *Praedicate evangelium*. Así lo anunció el miércoles 12 de diciembre, el director de la Sala de Prensa de la Santa Sede, Greg Burke, en una sesión informativa sobre la vigésimo séptima reunión de los cardenales consejeros con el Pontífice, que terminó ese día por la tarde. En el encuentro, que duró tres días —lunes 10, martes 11 y miércoles 12— participaron los cardenales Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga, Reinhard Marx, Seán Patrick O'Malley, Giuseppe Bertello y Oswald Gracias. Siguiendo la solicitud formulada por los cardenales al final de la reunión anterior (del 10 al 12 de septiembre) sobre una reflexión acerca del trabajo, la estructura y la composición del propio Consejo, también teniendo en cuenta la edad de algunos miembros, el pontífice, a finales de octubre, escribió a los cardenales George Pell, Francisco Javier Errázuriz y Laurent Monsengwo Pasinya, agradeciéndoles el trabajo realizado durante estos cinco años. Dada la fase del trabajo del Consejo, el nombramiento de nuevos miembros no está previsto en este momento.

Los cardenales abordaron diversos temas, entre ellos la contención de los costos operativos de la Santa Sede, y explicaron al respecto que el sentido de responsabilidad requiere un plan a largo plazo para reducir costos, y el Cardenal Marx propuso la elaboración de planes de gastos plurianuales para que el Consejo de Economía pueda formular proyecciones a cinco y diez años para dar una idea más clara de la situación y cómo tratarla. También se abordó la Constitución apostólica sobre la curia romana y la reunión con los presidentes de las Conferencias Episcopales de la Iglesia Católica sobre el tema de la protección de menores, que tendrá lugar en el Vaticano del 21 al 24 de febrero, de la que reafirmaron su importancia. Además, los cardenales profundizaron en temas relacionados con el Dicasterio para la comunicación. El consejo de cardenales escuchó al prefecto Paolo Ruffini, que ilustró el estado de la reforma que creó el Dicasterio, explicó los próximos pasos a realizar y subrayó el valor de los diversos medios de comunicación (radio, tv, web, redes sociales) en el actual contexto multimedia y remarcó el valor único de la oferta multilingüe de los medios vaticanos. La próxima reunión tendrá lugar del 18 al 20 del próximo febrero.

El episodio evangélico de la sanación del ciego Bartimeo, que «con santa insistencia» rogaba a Jesús que lo sanara fue mencionado por el Papa en la audiencia general del miércoles 12 de diciembre. Con los fieles reunidos en el aula Pablo VI, el Pontífice continuó el ciclo de catequesis sobre el Padre nuestro que inició el miércoles pasado.

David, Jesús, ten compasión de mí!» (v. 47). Jesús le devuelve la vista y le dice: «tu fe te ha salvado» (v. 52), casi explicando que lo decisivo para su sanación fue aquella oración, aquella invocación gritada con fe, más fuerte que el «sentido común» de tanta gente que quería hacerlo callar. La oración no solo precede a la salvación, sino que, de alguna manera, la contiene ya, porque libera de la desesperación de quien no cree en una vía de salida de tantas situaciones insostenibles. Por supuesto, los creyentes también sienten la necesidad de alabar a Dios. Los Evangelios nos devuelven la exclamación de alegría que brota del corazón de Jesús, llena de asombro con gratitud al Padre (cf. *Mateo* 11, 25-27). Los primeros cristianos incluso sintieron la necesidad de agregar al texto del «Padre nuestro» una doxología: «porque tuyo es el poder y la gloria por todos los siglos» (*Didaché*, 8, 2). Pero ninguno de nosotros está obligado a abrazar la teoría que alguien adelantó en el pasado, es decir, que la oración de petición es una forma débil de fe, mientras que la oración más auténtica sería la alabanza pura, la que busca a Dios sin la carga de ninguna petición. No, esto no es cierto. La oración de petición es auténtica, es espontánea, es un acto de fe en Dios que es el Padre, que es bueno, que es omnipotente. Es un acto de fe en mí, que soy pequeño, pecador, necesitado. Y por eso, la oración para pedir algo es muy noble. Dios es el Padre que tiene una inmensa compasión de nosotros y quiere que sus hijos le hablen sin miedo, directamente llamándolo «Padre»; o en las dificultades diciendo: «Pero Señor, ¿qué me has hecho?». Para eso le podemos contar todo, también las cosas que en nuestra vida parecen torcidas e incomprensibles. Y nos ha prometido que estaría con nosotros para siempre, hasta el último de los días que pasemos en esta tierra. Recemos el Padre nuestro, comenzando así, simplemente: «Padre» o «Papá». Y Él nos entiende y nos ama tanto.

A la Virgen de Guadalupe, en el día de la memoria litúrgica encomendó el Pontífice la protección de la vida naciente y, en particular, a las familias que esperan un hijo. La intención espiritual fue expresada durante los saludos a los fieles al finalizar la catequesis.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y Latinoamérica. De modo especial saludo a los latinoamericanos y a los mexicanos en este día de nuestra Patrona, la Madre de Guadalupe. Que el Señor Jesús nos dé la gracia de una total confianza en Dios, Padre compasivo que nos ama y permanece siempre a nuestro lado. Que Nuestra Señora de Guadalupe nos ayude a entregarnos al amor providente de Dios y a poner en Él toda nuestra esperanza. Muchas gracias.